
ORÍGEN DEL DOGMA DEMOCRÁTICO

El hombre, digan lo que quieran las escuelas teológicas, es la fuente de toda certidumbre, la raíz de la moral y el derecho, el continuador del mundo, la conciencia de Dios. En vano se le quiere sujetar al texto de las Escrituras; á fuerza de leerlas y de interpretarlas, concluye por despreciar á sus reveladores y derribar á sus ídolos. En vano se pretende imponerle reglas de vida suponiéndolas dictadas por Brahma ó Jehová al fragor de la tormenta; busca al fin la norma y la sancion de sus actos en su propia conciencia. En vano se le presenta definido el derecho en tablas y códigos á que dan autoridad los siglos; exige la reforma de las leyes á medida que se va elevando su ideal de justicia. En vano se intenta refrenar su actividad poniéndole por delante las colosales fuerzas de la naturaleza: Prometeo eterno, lucha con ellas y termina por ponerlas á su servicio. En vano, por fin, se le da un Dios; no reconoce más Dios que el que ha fraguado en el horno de su pensamiento.

Es soberana la razon y lo es en cada hombre que viene al mundo. Para que el lector se convenza de esta verdad, basta que se reconozca. Vea si afirma jamás con los demás hombres lo que su razon le niega; vea si aplaude jamás con ellos lo que su razon vitupera. Vea quién es siempre el juez de sus propios actos. Importa poco que el mundo se los ensalce si su conciencia los condena; importa poco que el mundo se los condene si su conciencia los ensalza. En la soledad de su espíritu y en el silencio de sus pasiones, sus juicios se sobreponen siempre á los ajenos, y no los rectifica por autoridad alguna, si no se los rectifica su entendimiento. Su misma voluntad es impotente

para hacerle pensar como no piense: de tal modo está la razon sobre la humanidad y el hombre.

Débil y cobarde, podrá un dia el lector, al clamor de la opinion ó á la vista de los suplicios, abjurar las afirmaciones de su razon ó su conciencia: las abjurará el labio, no el alma. Su razon y su conciencia seguirán afirmando y le recriminarán por lo bajo de su conducta. Dicen si Galileo, inmediatamente despues de haberse retractado ante el Santo Oficio de lo que habia escrito sobre el movimiento de la tierra, sin ser dueño de sí mismo, dijo á media voz y dando una patada en el suelo: *E pur si muove*; y la tierra, sin embargo, se mueve. Verdadera ó no, esta es la expresion genuina de la soberanía de la razon individual y del imperio que sobre nosotros ejerce.

Son hoy muchos los hombres que han perdido la fé de sus padres. Si no han logrado reemplazar con otros dogmas ó doctrinas los del cristianismo, sienten, de seguro, en sus espíritus un gran vacío. Queriendo ó sin querer, viven preocupados por los misterios de la vida y de la muerte, por su origen y sus futuros destinos, por el lazo que les une con la naturaleza y con Dios, si creen que Dios existe. Atormentados por la duda, no es raro que se esfuercen por reavivar en sus almas la fé muerta. ¿Lo consiguen? Inútil empeño el suyo si su razon sigue negando los antiguos dogmas. A cada esfuerzo su impiedad crece y se arraiga. Si, á pesar de todo, hincan ante los altares la rodilla y oran, en su oracion va envuelta la blasfemia.

Estúdiese el lector, y cuanto más baje al fondo de sí mismo, tanto más se convencerá de que no hay nada tan personal, tan absoluto, tan rebelde á toda autoridad como su razon y su conciencia. En historia, en política, en filosofía, en ciencias, en letras, en artes, todo lo controvertimos y lo ponemos en tela de juicio. Volvemos cien veces sobre los problemas que resolvieron otros hombres y otros siglos. No nos satisface ninguna hipótesis. Rectificamos sin cesar los datos que pasadas generaciones nos legaron, y atribuimos los fenómenos á otras causas y otras leyes. Y al dar con verdades tan absolutas como la razon misma, como que sentimos encontrar murallas que nos detengan y nos limiten el imperio del espíritu.

Hablaba hace poco del movimiento de la tierra: vea el lector hasta qué extremo es soberana la razon del individuo.

Cuarenta siglos creyó la humanidad toda que la tierra estaba inmóvil en el centro del espacio. El sol, los planetas, las demás estrellas, los cielos todos, giraban, según ella, alrededor de nuestra pobre morada. Lo decía la Biblia de todas las religiones y los libros de todos los sabios; lo aseguraban los sentidos. La razón de un hombre vino á negar un día esta creencia universal; y hoy ya todos en Europa sentimos, como Galileo, rodar la tierra bajo nuestras plantas, y conocemos la órbita que en torno del sol recorre.

Ha destruido la razón individual, no solo creencias universales, sino también instituciones comunes á todos los pueblos. La esclavitud era la base de la ciudad antigua. Ni en Oriente ni en Occidente se concebía una sociedad sin esclavos. Venía la esclavitud legitimada á los ojos de los legisladores y de los filósofos, más aún que por la guerra, por la desigualdad de talentos. Veíase entre los hombres razas, castas, clases predestinadas por su inferioridad intelectual á la servidumbre. Negada, sin embargo, por la razón individual y más tarde por la sociedad, fué la esclavitud desapareciendo de las leyes y las costumbres de Europa. Retoñó modernamente en América; pero gracias á nuevas protestas de la razón están para caer las cadenas del último esclavo.

En nuestros días ataca la razón individual la propiedad inmueble. La demuele á fuerza de examinarla sin que la detenga la sanción de los siglos. Sus palabras han sido ya recogidas por los proletarios que empiezan á mirar la tierra con ojos de codicia; y el Estado mismo parece determinar por ellas su conducta. Ayer le arrancó del cinto la espada que llevaba desde los tiempos del feudalismo, y hoy la agobia á fuerza de tributos haciéndole sobrellevar más de la cuarta parte de sus gastos.

Pero, ¿á qué pormenores? La soberanía de la razón del hombre está demostrada por un hecho general é indiscutible. Examinense los progresos todos de la humanidad: no se citará uno que no haya empezado por la negación individual de una idea colectiva. Los realiza generalmente la sociedad, los inicia el individuo. Y el individuo, lo repito, no halla nada que le contenga.

La razón social, por su órgano el Estado, trata aún de sobreponerse en algunos pueblos á la del individuo. No solo quiere

imponerle sus ideas, pretende impedirle la manifestacion de las que vienen á negárselas. De aquí las leyes de imprenta, las que limitan el derecho de reunirnos y asociarnos, la enseñanza pública, los programas oficiales, los libros de texto obligatorios, la inspeccion de las escuelas, aun de las privadas. El Estado dice todavía á la razon como Dios al mar: «De aquí no pasarán tus olas;» pero inútilmente. La razon individual se abre paso al través de los muros de las cárceles y las bayonetas de los soldados, cuanto más al de esas débiles y ridículas barreras; y hoy le amenaza, mañana le sepulta en ruinas. Lo que no le permiten decir á la luz, lo dice en las tinieblas; y todo lo que consigue el Estado con ponerle vallas, es retardar los progresos de la humanidad y manchar de sangre las páginas de la historia.

La razon social tiene sin disputa en el drama de la vida un papel de importancia; pero no el primero. Es para la individual lo que en la generacion la mujer para el hombre. No engendra, concibe: elabora y da cuerpo á las ideas que la otra esparce al viento. Las despoja del absolutismo con que surgen de la razon del individuo, las acomoda á las condiciones del pueblo en que han de realizarse, y las convierte al fin en ley, en institucion, en hecho. Solo ella las fecunda; pero tampoco hace más que fecundarlas. Si no se las renovara la razon individual, viejas y agotadas las suyas, pereceria de inanicion y con ella las naciones. Solo la razon individual es aquí la fuerza creadora, solo ella la que, poniéndose de tarde en tarde en frente de la humanidad, la hace cambiar de rumbo y provoca las grandes revoluciones de los pueblos.

Las religiones, que hablan en nombre de Dios, habian de temer naturalmente esa razon osada y turbulenta: se han esforzado todos en deprimirla y esclavizarla. La han declarado incapaz de distinguir el mal del bien, el error de la verdad, lo feo de lo bello; y la han sometido á dogmas que supusieron revelados y como tales indiscutibles y eternos. «Este es tu origen, han dicho imperiosamente al hombre, esa tu moral, ese tu derecho, esos tus últimos destinos.—Así fué creado el mundo, por estos medios se conserva y vive, así desaparecerá al sonar su hora en el reloj de los tiempos.—Esos son los atributos de Dios; esos los vínculos con el hombre, esos los de-

signios.—Dios es la fuente de todo bien, de toda verdad, de toda belleza.—¡Ay del que pretenda llevar más allá de estos dogmas su pensamiento!»

La razon social ha reconocido por largo tiempo su incapacidad, y ha permanecido muda y humillada ante esos sistemas religiosos que imponia la ley castigando á los rebeldes; no la razon individual, que no ha dejado nunca de discutirlos y ha concluido por deshacerlos. Primero el cisma, la secta, luego la filosofia, la escuela, han ido descomponiendo y matando todas las religiones de Europa. Muerto por la filosofia estaba ya el paganismo cuando predicaba Jesús el Evangelio á las gentes. Mucho antes hacian los patricios en Roma profesion de ateismo; y de ateo daba muestras el Estado admitiendo indiferentemente en el Panteon á los dioses de otros pueblos. El paganismo no era ya entonces más que la religion de la muchedumbre. No estaba tan disuelto el judaismo, pero sí minado por las sectas, principalmente la de los escribas. Jesús fué la última protesta de la razon individual contra las antiguas religiones.

Pero no fué más afortunado el cristianismo. Desde un principio hubo de luchar dentro de su misma Iglesia con la razon individual, armada de todas armas. Fué desde luego objeto de acalorados debates y origen de cismas. ¿Cuándo ha dejado de tener herejes? Su historia es la no interrumpida série de sus combates con los disidentes. Hoy son sus sectas más numerosas que nunca, y más combatidos que nunca sus dogmas. No hay uno que no haya sido blanco de la sátira y tema de sangrientos sarcasmos; uno que no ataquen á la vez la filosofia y la ciencia. Se vuelve á la negacion de Dios, y muchos que le reconocen le trasforman en un sér tan distinto de Jehová como de Cristo.

Está la razon sujeta á error, ¿cómo negarlo? Pero nótese bien, solo ella puede corregir sus yerros. ¿Se los habian de corregir ni la religion ni el Estado, cuando es la perpétua contradiccion de los dos poderes? ¿Cuando niega lo que afirman y afirma lo que niegan? ¿cuando sin cesar los discute y los demuele? ¿cuando á no valer más que ellos habrian detenido los pasos de la humanidad y la habrian llevado por la quietud á la muerte? Está sobre los reyes y los profetas, y no hay autoridad sobre la suya. Pero puede afortunadamente reconocer sus pro-

pios errores y enmendarlos. Los reconoce merced á su carácter progresivo, á esa misma actividad que no la permite detenerse y la obliga á volver sobre cuestiones cien veces resueltas; los enmienda gracias á su infatigable afán por la verdad, norte de nuestras almas. Son precisamente sus rectificaciones las que han producido el movimiento histórico.

Es soberana la razón, ó lo que es lo mismo autónoma. No la consideraba autónoma Kant sino en la esfera de la conciencia; pero lo es indudablemente en todo. Aunque tiene en la moral afirmaciones universales y categóricas como en ninguna de las otras manifestaciones de nuestra vida; no deja de ser en todas norma de sí misma. Sería contradictorio é inexplicable que lo fuese, por ejemplo, en la moral y no en el derecho; en el derecho y no en la política; en la política y no en la filosofía. Es una, y no cabe suponerla acá moviéndose por sí, allá obedeciendo á extrañas leyes. Segura ó vacilante en sus asertos, no encuentra jamás fuera de sí nada que la quebrante ni la fortalezca. Por sí cae en la duda, por sí la vence. Busca y halla en el mundo exterior datos por que determinarse; pero la determinación es suya.

De aquí el dogma de la democracia moderna. No reconocen otro motivo ni otro origen los llamados derechos individuales, anteriores y superiores á toda ley escrita. «Si el hombre, se ha dicho, tiene en su razón su más alto criterio; si en la conciencia, reflejo y voz interior de la razón misma, halla las reglas de la moral y el derecho, y, por consecuencia, la norma de sus actos; si no hay nada que pueda cohibir esa razón ni nada que esté sobre ella, puesto que por su iniciativa y á su impulso caen los dioses, perecen las instituciones, pierden su imperio las más arraigadas ideas y se cambia y trasforma la vida de los pueblos; el hombre es inviolable en las manifestaciones de su pensamiento, y no hay ni en el Estado ni en la Iglesia, órganos de la razón colectiva, autoridad para impedir las ni ponerles condición ni límite.

«Importa poco que sus ideas, en pugna con las del siglo, parezcan quiméricas y absurdas: la idea quimérica de hoy puede ser la realidad de mañana, y no hay tribunal para juzgarlas. Autónomo el hombre, es y debe ser libre en su pensamiento y su conciencia; y si por su carácter y sus múltiples

necesidades ha de estar sometido á leyes y gobiernos, expresion de su vida social, ha de concurrir á la creacion de esos gobiernos y al establecimiento de esas leyes, como se quiera que tengan legitimidad y fuerza. Dada la soberanía de la razon, no es ya posible buscar en Dios la legitimidad de los poderes: por la gracia del hombre y no la de Dios llevan los reyes corona y ciñen espada los príncipes de la tierra.» Consecuencias lógicas hoy admitidas en la mayor parte del mundo culto:

Es ya del todo inviolable el pensamiento en los Estados-Unidos de América, en Suiza, en Inglaterra, en Portugal, en Bélgica. Lo era hace poco tiempo en España. En los Estados-Unidos se le respeta hasta el punto de estar escrito en la Constitucion que no cabe limitar por ley alguna la libertad de la palabra ni de la prensa. Libre es tambien el pensamiento en Alemania, en Italia, en Francia, en los más de los pueblos de Europa y América, con tal que no escoja el periódico político por arma de combate. La conciencia es igualmente inviolable en los Estados-Unidos. No cabe allí tampoco legislar en materia de religion ni prohibir el establecimiento ni el ejercicio de ningun culto. Libertad absoluta hay tambien en Holanda; poco ménos en Suiza, Inglaterra y Alemania. Donde no libertad, hay por lo ménos tolerancia.—Intervencion de los pueblos en la formacion de los gobiernos y las leyes la hay, por fin, en toda Europa y América, á excepcion de Rusia y Turquía. En algunas naciones la tienen ya todos los ciudadanos. Existe el sufragio universal en Francia, en Suiza, en Bélgica, en nuestra misma España. Los Estados-Unidos acaban de escribir en su Constitucion que no se puede denegar el voto á nadie por motivos de color, de raza ni de servidumbre.

No es ya una mera abstraccion la autonomia del individuo; ha bajado á la region de los hechos y domina la política del mundo. Hoy obliga al Estado á desprenderse de la autoridad que siempre ejerció sobre el pensamiento; mañana obligará á otro tanto á la misma Iglesia. ¿No están ya los Pontífices transigiendo en todas partes sobre la libertad de conciencia, y ayer, que eran reyes, no toleraban dentro de su propia capital el culto de hombres que negaban á Cristo? Como parecen haberse convencido de la inutilidad de sus anatemas, se

convencerán algun dia de la ineficacia de sus *syllabus* y de sus índices. No se detiene la razon ante tan débiles obstáculos; los allana y abre paso á la civilizacion y al mundo. O hay que reconocerla soberana y tomarla por cimiento de lo que se construye, ó descansarán en la arena y perecerán á sus embates religiones, Estados, códigos, sistemas de moral, sistemas de filosofía.

De la soberanía de la razon, de la autonomía del individuo, hay que partir ya para estudiar la organizacion de las sociedades.

F. PÍ Y MARGALL.

MADRIGAL

(Traducción del de Catulo, que comienza: *Lesbia mi dicit semper male...*)

¿Zahiriéndome está Lesbia á toda hora?
 Pues muera yo, si Lesbia no me adora.
 ¿La prueba? Que no ménos la zahiero,
 sin ver ¡ay! que de amor por ella muero.

J. QUIRÓS DE LOS RIOS.

LA ECONOMÍA POLÍTICA Y EL CRISTIANISMO

VI.

Pongamos ahora en frente de la solución católica del problema de la población, la solución de Malthus, de Stuart Mill, y en general, de la Economía sensualista y racionalista. Reconociendo esta la dificultad suma de poner al nivel del movimiento de la población el desarrollo y acrecentamiento de las riquezas, dificultad que se hace insuperable cuando al trabajo productor de esas riquezas se señala el interés personal y los gozos materiales como regla suprema, estímulo principal y fin último, convierte sus miradas hacia el segundo término del problema, buscando medios de retardar el movimiento ó desarrollo de la población, á fin de mantener el equilibrio entre este movimiento y la producción de las riquezas. De aquí la teoría de los economistas racionalistas y sensualistas acerca del estado estacionario de la población, como condición normal de la sociedad. Y en verdad que semejante teoría es una aplicación lógica y una deducción legítima de la Economía sensualista. Por que la verdad es, que, si el ideal de la vida humana es el disfrute tranquilo del bienestar y de los gozos terrenos, preciso será evitar á toda costa y por todos los medios el desnivel entre la población y las riquezas, á fin de que estas y los gozos que producen se hallen al alcance de todos los miembros de la sociedad. ¿Qué resulta de aquí? Que la Economía política racionalista, sintiéndose impotente para resolver el problema del equilibrio entre la población y las riquezas, porque rechaza la solución de la Economía cristiana, que resuelve el problema de la manera que es soluble, atendidas las condiciones presentes de la humanidad, por los medios que

arriba quedan indicados, vése precisada á retroceder veinte siglos para plagiar y reproducir las doctrinas tan inmorales como contrarias á la dignidad y libertad del hombre, adoptadas por las escuelas paganas. Las trabas legales para la realizacion de los matrimonios, la prohibicion de los mismos á las clases obreras é indigentes mientras no se hallen en posesion de una fortuna determinada, impedir la procreacion y buscar la esterilidad relativa sin reparar en medios; hé aquí los procedimientos adoptados y aconsejados por la moderna Economía política del racionalismo para resolver el problema indicado. No es difícil reconocer las infamias de todo género, la inmoralidad y el libertinaje á que es ocasionada semejante solucion. La dignidad del hombre, la santidad de la union conyugal, la libertad individual, la moralidad pública y privada, la fecundidad ordenada de la especie, son á todas luces incompatibles con las teorías, los consejos y preceptos de los economistas de nuestros dias, que se inspiran en las doctrinas de Malthus, de Stuart Mill y de otros partidarios de la Economía sensualista.

Sabidas son las doctrinas tan absurdas como inmorales de Platon, sobre los medios que debian adoptarse para prevenir el aumento excesivo de poblacion. Sabido es tambien que Aristóteles, que se complace en rechazar y refutar frecuentemente las teorías económicas y políticas de su maestro, aprueba y adopta explícitamente su doctrina sobre la materia que nos ocupa. «Pertenece á la ley, escribe, (1) determinar los recién nacidos que deben ser expuestos ó alimentados. No se deben criar niños deformes. Si es necesario detener el exceso de poblacion, y por otra parte las instituciones y costumbres se oponen á la exposicion de los recién nacidos, el magistrado fijará á los esposos el número de hijos que deben engendrar. Si la madre llega á concebir más que el número prescrito, estará obligada á abortar antes que el feto esté animado.» ¡Quién lo creyera! estas doctrinas del paganismo que la ciencia y la conciencia de la humanidad, iluminada por los vivos fulgores del Cristianismo, parecian haber desterrado para siempre, han sido reproducidas, y, lo que es más aún, hasta exageradas y sobrepujadas por el racionalismo sensualista de los economis-

(1) Polit. lib. 8.º. cap. 3.º

tas contemporáneos. Algunos de éstos, para evitar el incremento excesivo de la población, proponen medios que la pluma se resiste ni siquiera á indicar, cuanto ménos escribir. Otros aconsejan prevenir el exceso de población, sometiendo á los recién nacidos á una asfixia sin dolor, preparada por el ácido carbónico. Proudhon nos habla de los procedimientos de cierto doctor que propone la extracción del feto y la eradicación de los gérmenes implantados contra la voluntad de los padres. Algunos, en fin, proponen otros medios que no es posible consignar. Hé aquí el abismo sin fondo, el cieno y la podredumbre á donde viene á parar finalmente la razón humana, siempre que orgullosa reniega de Dios y aparta su vista de la verdad cristiana.

Y téngase presente, que aparte de la repugnante inmoralidad inherente á los medios escogitados por la Economía sensualista para establecer y conservar el equilibrio entre la población y las riquezas, algunos de esos medios suelen tener un resultado contrario al previsto y esperado por sus encomiadores. M. Le Play, hablando de los obreros de algunas partes de Alemania, sujetos á reglamentos prohibitivos del matrimonio hasta adquirir recursos determinados, escribe lo siguiente: «Estos reglamentos, no solamente tienen el inconveniente de ser contrarios á la moral, sino que no consiguen en manera alguna el objeto en vista del cual fueron promulgados. Así es que los obreros de la corporación de Y... contraen todos, desde su primera juventud, uniones ilícitas, las cuales se legitiman ordinariamente en la época legal del matrimonio» (1). M. Monnier afirma en su *Historia de la asistencia*, que el resultado de análogos reglamentos en Suiza ha sido aumentar la miseria en vez de reducirla, contándose en el cantón de Berna un pobre por cada nueve habitantes. Este aumento de pauperismo, por idénticas causas, ha sido señalado también y comprobado por Roscher respecto del Meklembourg-Schwerin (2).

Pero hay más todavía: los principios esencialmente racionalistas y utilitarios de la escuela económico-sensualista, después de conducir á sus partidarios á las soluciones inmorales,

(1) *Les ouvriers européens*.

(2) Véase su obra *Principes d'Economie politique*, párrafo 249.

anejas y retrógradas del antiguo paganismo, los arrastran tambien al socialismo moderno, á cuyas novísimas teorías abren la puerta y preparan el camino, al adoptar como ideal el estado estacionario de la poblacion y la posesion de los goces de la vida para todos los hombres, como término de sus aspiraciones, de su actividad y de su mismo sér. No será difícil convencerse de esto, leyendo y meditando el siguiente notable pasaje, en el cual Mr. Cárlos Pesin resúme y expone las tendencias socialistas del citado Stuart Mill, uno de los más importantes, y tal vez el principal representante de la Economía política racionalista y sensualista. «Arrastrado por la lógica de sus principios, Mr. Mill, despues de haber sacrificado la libertad individual con la dignidad del matrimonio, sacrificará tambien la propiedad. Así es, que solo por la destruccion del órden social en sus bases más esenciales, la familia y la propiedad, llegará á comprimir la expansion natural de las generaciones, y á fijar la sociedad en aquel bienestar constante y permanente que constituye, en su opinion, el ideal de la misma.

Para una sociedad que no tendrá otro móvil que el amor de los goces, el deseo de asegurarse el bienestar, será el único motivo que podrá determinar á poner en práctica la abstencion ó enfrenamiento moral. Mas, ¿cómo hacer comprender el precio del bienestar á hombres que jamás lo experimentaron? Mr. Mill reconoce que esto constituye una imposibilidad en el órden regular de las cosas. Para llegar á este resultado, es preciso que alguna gran medida política acreciente en poco tiempo los recursos de las masas, de manera que, sintiendo con viveza los efectos felices de este cambio de condicion, y apreciando en su justo valor el bienestar, no corran el riesgo de perderle echando en olvido la ley de la represion moral.

El objeto intentado por Mill, no puede alcanzarse sino por alguna de esas medidas revolucionarias, que en último análisis vienen á parar y se traducen en despojo de los propietarios en favor de las clases inferiores. Bien puede protestar que no es la abolicion de la propiedad lo que él reclama, sino únicamente una aplicacion mejor del principio, que permita á todos los miembros de la sociedad participar de sus beneficios. Nadie se equivocará al verle proponer medidas como las siguientes:

repartir los bienes comunales entre las clases menesterosas; limitar el derecho de disponer, por medio del testamento, en el sentido de que no se permitirá nunca legar sus bienes á una misma persona, sino en la cantidad necesaria para una vida confortable é independiente; desposeer, mediante indemnización pecuniaria, á los propietarios del suelo, como medida de interés general, con el objeto de transformar la cultura y dar á las masas, por medio de la participacion en la propiedad, los hábitos de prevision que hoy no tiene; recargar la propiedad inmueble con un impuesto que tomara sobre la renta todo lo que no represente el interés de un capital aplicado al suelo, y que permitiera convertir en provecho de la comunidad los dones gratuitos de la naturaleza.

Todo el mundo reconocerá fácilmente el socialismo en semejantes rasgos. Por poco que sobre ello se reflexione seriamente, será preciso convenir en que, aún prescindiendo de toda consideracion moral, las teorías sobre la poblacion que no pueden realizarse sino echando mano de semejantes medidas, se hallan en oposicion con las leyes naturales, y por lo mismo, condenadas á los ojos de todo hombre cuyo buen sentido no se encuentre falseado por el espíritu revolucionario.» (1)

VII.

No resalta ménos la superioridad de la doctrina económico-política del Cristianismo, sobre la doctrina económico-política del racionalismo contemporáneo, con respecto al problema de la miseria de las clases obreras y al antagonismo permanente y cada dia más amenazador entre el trabajo y el capital.

¿Puede dudarse, en efecto, que ese creciente antagonismo que hace temblar el suelo bajo nuestras plantas, y cuyos siniestros rugidos llegan hasta nosotros desde todos los puntos del horizonte, es debido en gran parte, ya que no en todo, á la ausencia de los principios católicos y de las virtudes cristianas? Suponed por un momento que en el corazon y en la inteligencia de esas grandes masas de obreros reinaran las creencias católicas; suponed que practicaran, en su mayoría, las virtudes cristianas por espíritu y motivos cristianos, establecien-

(1) De la *Richesse dans les sociétés chrétiennes*, lib. IV, cap. 2.

do como norma de su conducta y de su vida, la humildad, la resignacion, el espíritu de sacrificio, el desinterés y desprendimiento de los bienes de este mundo, en relacion con los de la vida eterna, la castidad, la moderacion de las pasiones, la caridad y las mortificaciones de la vida cristiana. Suponed, al propio tiempo, que los capitalistas y los ricos se hallan vivificados por las mismas creencias y virtudes, y que reducen á la práctica el grande y múltiple precepto de la caridad, que resume y compendia toda la ley y todas las virtudes del Cristianismo; es bien seguro que no se presentaria hoy con tan alarmantes proporciones ese formidable antagonismo entre el trabajo y el capital, y que desaparecerian los sérios peligros y trastornos con que el socialismo y el comunismo amenazan hoy á la sociedad. Pero implantad en el seno de la sociedad, y principalmente en el corazon y la inteligencia de las clases necesitadas, los principios del racionalismo y del sensualismo economista. Predicadles y enseñadles con la palabra y con el ejemplo, inculcadles un dia y otro dia que nada significan las amenazas del Cristianismo sobre los misterios de la vida y de la muerte eterna; que Jesucristo es un mito ó un impostor semejante á Mahoma; que nada tienen que esperar ni que temer despues de la vida presente. Mostradles una y otra vez con vuestro ejemplo y vuestras doctrinas, que el bienestar material y los goces de la vida constituyen el bien supremo del hombre y el único móvil de la actividad humana, y vereis á esa sociedad dominada, mejor dicho, devorada por la pasion de las riquezas, y al rico explotando al pobre y cotizando sin misericordia los sudores del obrero; y al pobre, agitado por rencorosa envidia y concentrado ódio contra el rico, y al socialista obrero alzarse airado para proclamar su parte en el banquete de la vida y de la felicidad. Si las riquezas, con los placeres y satisfacciones que las acompañan, constituyen el único destino del hombre sobre la tierra; si no existe otra vida en la cual se restablezca el equilibrio de la justicia, frecuentemente violada por los poderosos de este mundo; si no existe para el hombre un destino ulterior y superior en que se realice la ley de la compensacion entre el bien y el mal; si, en una palabra, la poderosa aspiracion hácia la felicidad que en el corazon del hombre se revela, no tiene más objeto ni más término que las

satisfacciones y goces de la vida presente, ¿por qué razón y con qué derecho gozan esa felicidad algunos hombres mientras la inmensa mayoría se ven siempre alejados y como repelidos de la misma? Tales son las últimas consecuencias, pero consecuencias lógicas y naturales del racionalismo, aplicado á la Economía política. Una vez proclamada la autonomía del hombre, ésta conduce espontáneamente á la negacion de la ley del sacrificio y abnegacion de sí mismo en presencia de Dios y de los hombres, al reinado del orgullo, á la proclamacion del derecho divino de las pasiones, á la rehabilitacion de todas las concupiscencias y á la legitimidad del egoismo.

Otro resultado no ménos deplorable de la Economía racionalista y sensualista es ese individualismo estrecho, que constituye una de las llagas más repugnantes del cuerpo social. Mientras la economía cristiana tiende á afirmar y extender la ley de la solidaridad por medio del espíritu de humildad, de abnegacion, de sacrificio y de caridad, la economía sensualista, basada sobre el interés propio y la solicitud exclusiva de las riquezas y goces, solo produce el individualismo, que se traduce y revela en egoismo, en desdeñosa apatía, en indiferencia y apartamiento de los demás hombres. Cada uno en su casa y en su negocio, cada uno para sí: tal es la regla de conducta para el economista del sensualismo, tal es la fórmula del individualismo, tal es la divisa inspirada por la Economía racionalista.

Hemos visto arriba que la Economía política que recibe sus inspiraciones del racionalismo sensualista, tiene, como *desideratum* económico-social, el bienestar general de todos los miembros de la sociedad, obtenido por medio del equilibrio entre la produccion y distribucion de las riquezas, en relacion con el desarrollo de la poblacion. Hemos visto tambien, que para llegar á este *desideratum*, no vacila en aprobar y aconsejar prácticas tan contrarias á la moral como á la dignidad y libertad del hombre, y que no retrocede en presencia de instituciones y medidas socialistas. Esto quiere decir que los adeptos de esa Economía ignoran ó aparentan desconocer lo que hay de utópico en ese equilibrio igualitario de los miembros y clases sociales, bajo el punto de vista del bienestar y las riquezas. Atendidas las resistencias múltiples de la naturaleza física, y las

circunstancias morales de la naturaleza humana, la desigualdad de condiciones es, y será siempre, como lo ha sido hasta ahora, un hecho doloroso y triste, pero inevitable en las sociedades humanas. Cualquiera que sea el grado de libertad civil y política de éstas; cualquiera que sea el estado hipotético de la distribución de las riquezas en un momento dado del tiempo, la desigualdad de condicion en las clases, en las familias y en los individuos, no tardará en manifestarse, porque á ella conduce de una manera lógica, fatal é irresistible la diferencia y superioridad relativa de virtudes, de inteligencia, de caracteres, de aptitudes, de fuerzas físicas, y, en ocasiones, hasta la combinacion fortuita de circunstancias más ó ménos felices.

Por eso la Economía política inspirada en el cristianismo, reconoce y confiesa que la desigualdad de condiciones y de fortunas, segun se revela en las diferentes sociedades, es, si se quiere, un mal, pero un mal inevitable en el estado de caída y de generacion de la naturaleza humana. La razon católica, de acuerdo con una experiencia de millares de años, nos enseña que las sociedades humanas marcharán siempre, como han marchado hasta ahora, sometidas á las privaciones de la pobreza y á las amarguras de una vida penosa. Por eso tambien el Cristianismo y la Economia política en él inspirada, enseña y propone medios eficaces y adecuados para aminorar esas privaciones y amarguras, y no cesa de excitar á los gobiernos, á los sabios y á los pueblos á que procuren contener las desigualdades irritantes é injustas, y sobre todo, á que se esfuercen en dulcificar los padecimientos de la pobreza y de las clases indigentes, pero sin engañar á éstas con promesas falaces, sin sobreexcitar sus rudas pasiones con fementidos derechos, y sin poner en peligro la existencia de la sociedad y de las mismas clases menesterosas con utopías comunistas y socialistas. Es bien seguro que toda la Economía política y todos los economistas, desde Adam Smith hasta nuestros días, no han hecho en favor del pobre y de las clases trabajadoras y necesitadas la centésima parte de lo que, en favor de las mismas y de los pobres en general, viene haciendo el Cristianismo encarnado en la Iglesia católica, que es su representacion genuina y legítima. ¿Cabe poner en duda, por ejemplo, la influencia importantísima y preponderante que ejerció el Cristianismo en la

abolición de la esclavitud, en la libertad y consiguientemente, en la fecundidad y energía del trabajo, productor de la riqueza?

Y después de haber luchado de una manera tan enérgica como perseverante contra la esclavitud que deshonra y carcomía las sociedades antiguas; y después de haber luchado en favor de la libertad del trabajo y la dignidad del hombre, doble origen y bases importantes de la prosperidad material de las naciones modernas, no ménos que de sus libertades políticas y civiles, ¿no es cierto que la Iglesia católica luchó también y luchó sin descanso contra la pobreza y la miseria en todas sus formas, por medio de sus órdenes monásticas, que salieron al encuentro de toda miseria, de toda indigencia, de toda amargura y de toda lágrima? Y contribuyó y contribuye al mejoramiento y bienestar de las clases indigentes, inspirándoles las virtudes cristianas, poniendo ante sus ojos las ventajas de la sobriedad, de la economía, de la prevision, de la moderación de las pasiones y regularidad en las costumbres, promoviendo y facilitando la instrucción, aprobando, en fin, fomentando y protegiendo entre las mismas el gran principio de asociación. Esto sin contar la influencia universal y perenne de la caridad, representada por la limosna y por tantas instituciones y fundaciones de beneficencia, á ella debidas y por ella conservadas. Y estas clases reciben también indirectamente favor y auxilio del Cristianismo y de la Iglesia, cuando en nombre de Cristo y de su Evangelio condenan la explotación inconsiderada del pobre por el rico, la tiranía del capital sobre el trabajo, el lujo desenfrenado é insultante de los poderosos del siglo, la fiebre devorante de riquezas, el egoísmo individualista que cierra los ojos y el oído para no percibir los quejidos del necesitado y desvalido, la codicia desenfrenada que condena al obrero, á la mujer y al niño á desfallecer bajo el peso de un trabajo prolongado hasta la crueldad.

FR. CEFERINO GONZALEZ.

GOETHE Y SCHILLER

1794-1805

Posee el hombre, segun decia frecuentemente Goethe, el don de la *inconsecuencia*, que, como prueba de su libertad de accion, hace casi imposible un juicio general y absoluto sobre las diversas y múltiples manifestaciones, en que se revela el complicado organismo de la vida, en la cual es actor principal este compuesto de ángel y bestia, segun la frase de Pascal, que se comprende en la idea compleja de la naturaleza humana. Homogénea esta naturaleza en virtualidad y potencia en todos los hombres, reviste al desenvolverse y manifestarse en cada individuo, una riqueza de novedad y una originalidad tan imborrable, que maravilla su contemplacion; porque supera todo cálculo y es su incomensurable variedad mucho mayor que aquella en que se cumplen las combinaciones químicas. Parece, y la semejanza no es del todo exacta, que la naturaleza humana en la indefinida diversidad de matices con que se ofrece en los individuos, sigue ley semejante á la que se observa en las *fisonomías*, que constituidas y formadas de partes iguales, tienen todas, sin embargo, un sello característico, algo que no se percibe, aunque se vé, un *quid* interno que se acerca al mayor grado de semejanza ó parecido, pero que no llega jamás á la completa identidad de unas con otras. Y es que, cual verdadera maravilla de la creacion, se halla en la individualidad humana la unidad simplicísima unida con la variedad más compleja.

Tal consideracion advierte de un modo indudable al pensamiento cuántos escollos ha de encontrar la crítica cuando aspire á expresar en fórmulas generales sus juicios, máxime si se

refiere á la individualidad. Acrecientan los obstáculos y se multiplican las dificultades, cuando la individualidad á que ha de aplicar su escrutadora mirada la crítica, escede de los límites comunes y usuales, cuando requiere su poderosa influencia un criterio adecuado, cuando, finalmente, esta individualidad se llama *Göthe* ó *Schiller*, génius que llevan consigo algo excepcional y extraordinario, y que constituyen al crítico en la ineludible obligacion de apreciar, en el mayor grado posible, cuantas complejas circunstancias y diversas razones se ofrezcan á su consideracion, si ha de acercarse al conocimiento exacto de sus valiosas condiciones, precedentes que há menester al juzgar sus inestimables obras.

I.

Se ofrecen al exámen del crítico todas las obras poéticas de la literatura alemana, en un enlace tan íntimo con su autor, y en una conexion tan próxima con las condiciones subjetivas del ingénio á que deben su aparicion, que es punto ménos que imposible conocer todo el alcance y trascendencia de las producciones literarias, cuando se olvidan las condiciones personales del que las ha dado vida y existencia. Y ante tal exigencia, ante la necesidad de apreciar cualidades individuales, elementos personales y condiciones de carácter en los artistas, la empresa del crítico presenta gradualmente inmensidad de dificultades, que, si se han de dominar, requieren muchísima discrecion y un caudal respetable de datos y noticias.—Por otra parte, la opinion del crítico tiene tambien bastante de personal, no puede perder por completo algun matiz subjetivo, procedente de determinadas tendencias, espontáneas inclinaciones, gustos innatos. preferencias inexplicables y aficiones ocultas, que llegan á servir de base á lo que Hartmann llama *el fondo inconsciente* de la conciencia humana.—Ni aun haciendo caso omiso de esta multitud de elementos, proponiéndose el pensamiento tener solo en cuenta para su juicio el punto en que comienza la obra de su reflexion, ni aun en esta esfera, la más libre de la actividad espiritual, deja de encontrar con sobrada frecuencia el espíritu humano obstáculos que merecen siquiera alguna enumeracion.—Es la impresion esté-

tica, que produce en el crítico la contemplacion de las obras y de la personalidad del artista, un sentimiento espiritual, elevado, purísimo, pero que no constituye excepcion dentro de la ley general, que rige toda la vida anímica, sino que es determinado, sin duda alguna, segun el *principio del hábito*, fuerza que, cual segunda naturaleza, va indefinidamente aumentando el alcance del juicio en el mismo grado en que se desarrolla el ejercicio de las facultades intelectuales y adquieren estas su predominio relativo sobre la afeccion algo indefinida de nuestras primeras impresiones.

Al contemplar el espíritu de una vez toda la sublime majestad del arte, al recibir esta primera impresion y al considerar por el pronto los límites incomensurables en que aparece la perfeccion del génio, no puede el crítico dominarse á sí mismo, no logra ejercitar el escarpelo de su discrecion, y entonces admira y no mira, contempla y no ve, constituyéndose en estado semejante á aquel, en que se constituye el órgano de la vista al extenderse por un largo espacio luminoso, dilatando la pupila, moviendo el globo del ojo, sacando fuerzas de flaquezas si ha de resistir la impresion y poder más tarde rehacer sobre ella para concentrar despues en el órgano su vision y examinarla distinta y discretamente. Y cuanto más tarde el espíritu del observador en dominar esta su primera impresion, más peligro corre de formular erróneamente sus juicios, de igual manera que cuando se retrasa la reaccion fisiológica de la retina sobre el objeto luminoso, existe el peligro inminente de que se desvanezca la vista, de que no podamos concentrarla, y de que, faltos de aquella individualizacion adecuada á los objetos sensibles, nos figuremos por el momento, al estar rodeados de luz, que nos hallamos sumergidos en el mundo de las tinieblas.

La poderosa reaccion que necesita aplicar el crítico á sus primeras impresiones, es tanto más ineludible, cuanto más se roza el asunto de sus juicios con los elementos subjetivos y con las condiciones personales, ya reflejen el sello impreso por el artista en sus obras, ya expresen los ecos y resonancias simpáticas que surgen en el ánimo ante la contemplacion de lo bello. Cuantos presumen poseer pericia en el arte divino de la música, que es el más subjetivo de todos y el más susceptible

de una individualización sin límites, recomiendan á los profanos como requisito indispensable, si han de ser autorizados sus juicios, segundas yaun terceras audiciones de las obras musicales, tanto para despertar y educar el sentido artístico, cuanto para acostumbrar, según orden y medida, al ánimo á sobreponerse á todo aquello indeterminado y vago que va implícito en nuestras impresiones. Precipitar el juicio, tomar como estado definitivo situación quizá pasajera, que aún deja dormidas todas las virtualidades del alma, es lo mismo que apreciar y medir las dimensiones del sol según su aparente magnitud.

Siempre preside al desarrollo del gusto la ley del hábito, que borra las primeras asperezas de nuestras impresiones, que evita la asfixia sentimental de la anarquía de la pasión, y que sí aminora el *quantum* y la extensión del sentimiento, acrecienta su cualidad, multiplica sus infinitos aspectos y descubre mayores horizontes á la contemplación artística. De este modo se explica cumplidamente la marcha que sigue el ánimo, más ó ménos rápida, para dominar y juzgar sus impresiones estéticas. Si estas son bellas, si pasan los límites de lo ordinario, si tocan á los linderos de lo sublime, si trascienden más allá de toda presunción, en cuanto superan nuestras mismas concepciones, persiste y constituye estado la indeterminación del ánimo, queda la inteligencia en el claro-oscuro de la probabilidad, y el juicio revela todas las faltas inherentes á su precipitación. Contemplamos, por ejemplo, la obra y personalidad de Goethe y Schiller, y sentimos, y aún juzgamos de igual modo, que al observar el Océano y un río caudaloso. Ante este último, tarda poco la vista en rehacer sobre sí, abarca enseguida sus límites, va siguiendo con cierta complacencia y exactitud los bordes de su corriente; ante aquel la inmensidad nos agobia, la ausencia de límite nos desvanece, y más que discreción nos sobra decaimiento y flojedad de ánimo para apreciar su inmensa extensión.

Así Goethe, el poeta-*princeps*, el doctor omnisciente que nos inspira indefinida admiración, que nos infunde cierto temor, al comparar su grandeza con nuestra pequeñez, aparece como la personificación de lo sublime, absorbe toda la atención del espíritu, y despierta sentimientos que deprimen nuestra misma personalidad. Al exceder la medida común de los huma-

nos, nos causa respeto, admiracion y asombro, pero no hace nacer afectos en el ánimo, ni despierta simpatías, ni inspira cariño. Como á veces semeja en su representacion titánica algo que es superior á la condicion humana, se le admira, y quizá se le endiosa, pero no se le ama. Y entonces, al observarle menospreciando y ajando sentimientos nobles y afectos puros de los que más hondamente vibran en el corazon de los hombres, nos lleva nuestra vista miope á ver lo pequeño y no lo sublime, reparamos en las manchas del sol y no en su refulgente luz, y nos atrevemos á tildar al hombre, cuya vida es una abnegacion completa en pró de nobilísimos ideales, de egoísta é insensible.

Acontece precisamente lo contrario con el autor de los *Bandidos*, Schiller, el génio poético, que si remonta su vuelo, no traspasa las regiones sublimes; Schiller, patriota ardiente, padre de familia cariñoso, que revela toda la flexibilidad de que es susceptible el desarrollo genial de nuestra naturaleza, nos atrae por su pureza, nos seduce por sus afectos, y conquista nuestras simpatías, sin tener para ello títulos, no ya superiores, pero ni aún iguales á los que puede alegar Goethe á la consideracion de las generaciones.

Juzgar á Goethe de primera impresion, equivale á admirar con asombro la majestad de un dios olímpico, cuya representacion y aptitud nos empequeñecen y hacen surgir en el fondo del alma ciertas antipatías. Juzgar á Schiller es contemplar con agrado la flexibilidad genial del talento, es ver la perfeccion de la belleza, sin lo sombrío de la sublimidad, todo lo cual, despierta enseguida en nuestro ánimo una comunidad de afectos, origen de vivas simpatías. Pero al lado de estos primeros juicios, se han producido, merced á la educacion, y gracias á la influencia del hábito, reacciones en la crítica, cuyo resultado inmediato es la rectificacion de aquellas falsas apreciaciones. A las autorizadas justificaciones de la vida de Goethe, hechas por Rosenkranz, siguen otras muchas que nos ofrecen medios bastantes para corregir los errores de una primera impresion, y que, segun dice un gran escritor (1), «nos proporcionan la doble satisfaccion de conocer que es en Goethe tan

(1) STRAUSS *L'ancienne et la nouvelle foi*.

»digno de estimacion el hombre como admirable el poeta; de
 »tal suerte, que al lado de sus producciones literarias hay que
 »considerar como obra de arte de gran mérito su vida tan
 »digna, tan activa y tan fecunda, que se resúme toda ella en
 »una unidad armónica.»

Se deben estos distintos juicios á la naturaleza de la crítica. La crítica, y especialmente la personal, es siempre una consideracion analítica, un exámen parcial, verdad ó conjunto de verdades relativas. Así es, que al recoger datos nuevos á cada momento como bases de juicio, varía en parte el punto de vista, y parece, en tal caso, el espíritu pretendiendo condensarlos y reunirlos, consagrado á empresa semejante á la del órgano de la vista, cuando quiere concentrar en un momento dado en la retina las diferentes sensaciones que ofrecen las múltiples fases de un prisma refulgente. Estos trabajos previos son indispensables si se ha de conseguir una síntesis relativa, para la cual son necesarios todos los datos pertinentes al caso, y no huelga ninguna noticia referente al asunto. Por fortuna no faltan copiosos y auténticos datos para auxiliar el trabajo de la crítica cuando se trata de examinar el período fecundísimo, tanto para Goethe como para Schiller, en que estos dos génius vivieron en una comunidad de pensamientos y en una consonancia de afectos, que ofrecen un ejemplo elocuentísimo de todo lo grande y noble de que es capaz el alma humana, impulsada por móviles levantados. Aparte los datos que se pueden recoger del testimonio de los contemporáneos, existe otro ménos irrecusable aún, el de la *Correspondencia* (1), entre los dos poetas, publicada por Goethe, con cuya publicacion escribia á un amigo: «ofrezco un don precioso á la Alemania, y casi me atrevo á decir que á toda la humanidad.»

Ciertos é irrefutables tales datos, deben ser, sin embargo, completados, pues así lo exige la complexion de su obra, con el exámen del estado intelectual y artistico de Alemania por este tiempo.

(1) Esta correspondencia ha sido traducida al francés por *La B. de Carlovitz*, y revisada por *Mr. S. R. Tillandier (B. Charpentier, 2 vol. 1863)*. A esta traduccion nos referiremos en todos los datos que hayamos de citar tomados de la correspondencia entre Goethe y Schiller.

II.

Si el desarrollo del espíritu humano guarda en general relaciones intimas con el del espíritu colectivo; si todos revelamos en el grado propio de nuestra cultura el carácter general de los tiempos en que vivimos, como imposición obligada del todo social que nos circunda, y que viene á ser la atmósfera fecundante de nuestra vida anímica, de igual manera que el medio ambiente es la atmósfera que vivifica nuestra existencia fisiológica, deberemos echar siempre en el platillo de la balanza de lastre para nuestros juicios, el conocimiento del estado social que nos rodea, como elemento integrante de nuestra propia personalidad.

Esta consideración, que encierra una gran verdad, siempre comprobada en la experiencia, nunca contradicha ni negada por excepciones generales, es aplicable con un valor superior, cuando la personalidad, que juzgamos es un genio, cuyo desarrollo llega á condensar en sí los estados del espíritu colectivo y al mismo tiempo á iniciar nuevos derroteros á la opinión común; y por último, se convierte tal aplicación en una necesidad de que no podemos prescindir, cuando el genio, que pretendemos conocer, elige como teatro de sus obras la vida misma, la lucha diaria y la posición constante en la brecha para luchar con sus poderosas facultades en pró de lo ideal.—De esta naturaleza es, en verdad, el genio de Goethe, y señaladamente la empresa que vá á acometer por este tiempo, merced á su unión con Schiller; conozcamos, pues, la sociedad, en que van á moverse, examinemos el estado intelectual y artístico de la Alemania, veamos cómo siguen, ó encauzan la corriente general de la opinión pública, y podremos entonces apreciar en todo su valor la obra que llevan á cabo estos dos genios al entablar este superior comercio de ideas, que ha de dar por resultado fundar lo que alguna vez llamaba Schiller la *ciudad ideal*.

Aunque en 1794 se hallaba toda la Europa dominada por las fuertes emociones que producian las noticias de los terribles sucesos acaecidos en Francia con la decapitación de Luis XVI y el imperio del terror, no habia aún penetrado en Alemania la revolución, al ménos seguida de las sangrientas explosio-

nes, con que se desenvolvía en Francia, si bien ganaban por este tiempo las ideas silenciosa y parcialmente la opinion, y se dividian los alemanes en enemigos y en partidarios de la revolucion.

Todos los grandes géneos de Weimar daban, no obstante, poca ó ninguna importancia á la revolucion francesa; si Herder permanecia con Goethe indiferente ante la revolucion, Wieland con Schiller, asustados por el terror echaban de ménos la dictadura; y todos estimaban unánimemente que la palabra revolucion debia ser substituida por la de *evolucion*, la cual debia ser llevada á cabo mediante la literatura, único instrumento para todos ellos de regeneracion y de verdadero progreso.

Ante los grandes peligros, dice Goethe en sus *Annales*, siente todo hombre la necesidad de combatir, y el que no puede ir á la lucha con las armas, va con la pluma; así es, que en esta época comienza á hacerse más sensible el movimiento general de las ideas políticas, y principalmente de las científicas y artísticas, que nunca han dejado de tener celosos partidarios en la patria de Kant y de Goethe.

Prosiguiendo por este tiempo (1794), el espíritu alemán aquella revolucion ménos violenta y más fecunda que la francesa, que venia iniciada en el seno de su sociedad desde el siglo XVI, cuyo *desideratum* era la trasformacion interior del hombre, comienzan á sentirse los pensadores y sábios poderosamente atraídos por la filosofía de Fichte, ditirambo continuo en pró de la libertad personal, se eleva la consideracion y concepto del mundo ante las altas ideas de Humboldt sobre historia natural, y se empieza á estimar todo el valor de la naturaleza en virtud de los grandes progresos, de las observaciones científicas, hechas por Voigt, Loder y otros. A la par con este movimiento, seguia el literario y artístico, que se hallaba entonces en una verdadera época de transicion, representada en sus diversas tendencias por grandes personalidades, Klopstock, Wieland, Jacobi, otros muchos, y el mismo Goethe, personalidades que se consideraban dentro del círculo de sus admiradores como *pedagogos*, cuya más alta y soberana mision consistia en hallar y comunicar á los hombres, con la palabra de verdad y el signo artístico de la belleza, la clave del enigma de la vida.

Así se hallaba aparentemente estancada, pero realmente en una fructuosa ebullicion la cultura alemana. Verdad es que las ideas se hallaban encauzadas por las celebridades individuales, que tal es el carácter general de la civilizacion germánica; es cierto que faltaba aquella espontaneidad de anteriores tiempos; pero en medio de estas condiciones, si cada cual se concentraba en sí más y más, todos afilaban á la vez sus armas y tomaban sitio en el combate que se preparaba, y del cual no podia ménos de salir la verdad más purificada con la contradiccion, y más precisa con la disputa. Seguian, pues, Alemania y en ella sobre todo Weimar y Jena, siendo el refugio de la soberanía del talento, siquiera este imperio se hallase muy fraccionado, porque eran muchos y muy encontrados los representantes de la aristocracia de la inteligencia. «Este estado de Alemania, dice Goethe (1), parecia una *anarquía aristocrática*, semejante á las luchas de los poderosos en la Edad Media, que solo cuidaban ó de aumentar su autoridad ó de conservar la que ya poseian.»

Imperaba la más completa tolerancia, una absoluta libertad en el pensamiento, y no era de esperar, por tanto, que estas divisiones subsistieran hasta llegar á un estado fragmentario é infecundo. Sentida la necesidad de una bandera comun, urjía más que nunca que se adelantara á este concierto del talento un génio superior que diera la consigna general y que aunara aspiraciones, implícitas en todos, unánimemente requeridas por la opinion. Se revelaba esta *anarquía* de que habla Goethe en las excisiones producidas en la Universidad de Jena por las lecciones de filosofía de Fichte, en la separacion cada vez más honda que se establecia entre las más poderosas inteligencias de Alemania, y en una excitacion intelectual tan grande, que parecia dolerse la sociedad misma del abuso que se hacia de la facultad de pensar y de los pruritos exajerados de originalidad.

Considerada desde fuera, sin penetrar la profunda intencion que en sí llevaba, parecia tal anarquía el próximo anuncio del imperio completo de una Babel sin término; y como siempre la generalidad de las gentes aspira á buscar el remedio á los ma-

(1) *Annales*, pág. 388.

les sociales, echando mano de recursos extraños, se deseaba vivamente que la autoridad exterior ó literaria, que cualquier representacion asumiera para sí la empresa de encauzar estas múltiples y diversas direcciones, ignorando, segun dice el mismo Gøthe, que esta anarquía era, como no podia ménos, precursora de una civilizacion más elevada. •

Tenia semejante estado de anarquía mayor gravedad que en otra parte en Alemania, porque correspondia al fraccionamiento social y político en que se ha conservado este país hasta nuestros dias. Establecido el *provincialismo literario*, constituida en situacion definitiva esta indecision anormal que exajeraba hasta sus últimos límites el poder de la individualidad, podian considerarse perdidas todas las esperanzas de condensar el espíritu colectivo, y se habia de perpetuar necesariamente en Alemania el feudalismo político y literario de la Edad Media. Para que cesara este modo de ser, no existia otro medio más que la lengua y el arte literario, único lazo comun que conservaban, á través de todas sus vicisitudes, los distintos Estados alemanes; si seguia imperando aquel provincialismo del siglo xviii; si la poesía seguia representando la idiosincrasia singularísima de cada escritor; si el talento continuaba siendo siervo de un completo exclusivismo en ideas personales y en tendencias subjetivas, la lucha seria estéril, los frutos quedarian sin sazon, y así como el horizonte político se dibujaba con divisiones sin fin de reinos, ducados, ciudades libres, etc., el imperio del arte estaria repartido indefinidamente, pues cada uno de sus grandes representantes tenia opcion á llevar, si no todo, al ménos parte del cetro. Y en medio de tales circunstancias el espíritu colectivo quedaria diluido en esta diversidad de autoridades, legítimas en su círculo de atribuciones, vilipendiadas y menospreciadas, no obstante, por las demás; y la gestacion de la conciencia nacional, difícil en pueblos tan individualistas como los germanos, pero fecundísima en géntes tan reflexivas como los alemanes, aunque iniciada de tiempos atrás, quedaria detenida por tiempo indefinido en su desarrollo, á no levantar un génio, relativamente superior á los demás, bandera comun, que diera la señal del combate, defendiendo el lema de la independencia del arte de exclusivismos provincialistas, y aspirando á que los ideales eternos de la verdad y

de la belleza tomaran cuerpo en las creaciones artísticas con colorido y relieve de cierta generalidad, capaz de condensar el espíritu comun de la nacionalidad, á que Schiller seguia llamando la ciudad ideal.

Para acometer empresa tan gloriosa, cuyo término hemos todos presenciado, tenía Gœthe condiciones personales y de educacion, superiores á las de los demás artistas, áun á las del mismo Herder. Habia sido Gœthe de los primeros en protestar contra la imitacion de la literatura francesa, siendo sus obras los principales factores del renacimiento literario en el pueblo aleman; habia pretendido despues encauzar las exajeraciones de aquella protesta y los abusos de la espontaneidad, que, presumiendo de originalísima, caia en lo anormal y ridículo, y habia dirigido todos sus esfuerzos á proclamar como dogma de la estética, que la poesia está en la vida y que el artista debe, segun él lo practicaba siempre, tomar el fondo poético y el asunto de la inspiracion de los propios sucesos personales, elevando el caso particular para que revelara situaciones generales, susceptibles de alcanzar eco unánime y simpatias universales en la conciencia comun. Tal fué casi siempre el recurso poético más usado por Gœthe, como lo atestiguan sus más valiosas producciones artísticas.

Gœthe, de cuya sublime representacion personal se ha dicho que condensaba toda la Alemania, y génio artístico que se habia adelantado á todas las necesidades de su tiempo, era el más á propósito para atunar tan múltiples direcciones literarias, y precisar estéticamente aquellos elementos comunes indispensables para que se emancipara la inspiracion artistica del sabor exclusivamente subjetivo é individualista, que llegaba á veces á asfixiar las más elevadas facultades poéticas. Aquellos estacionamientos de Lavater y Herder, que cuidadosamente huia Gœthe; aquellas uniformes y monótonas aspiraciones de Jacobi, y otros muchos, contra las cuales protestaba el autor del Werther, despues de haberse asimilado todas las condiciones utilizables de su trato, son síntomas bien claros de que Gœthe presentia mejor que nadie la necesidad de informar y constituir el arte literario como una manifestacion superior á todas estas circunstancias subjetivas y locales. Y tal era la exageracion á que llevaba sus deseos, y tan vivas y profundas las exi-

gencias de su convicción, que siempre evitaba caer en particularismos, que se separaba de Lavater, huía de Jacobi y evitaba á Herder para seguir conservando su independencia personal y artística, independencia que le obligaba á declararse extranjero en todas partes, y á no confesar su patria sino en la region de lo bello, al mismo tiempo que decia expresamente que nunca podria satisfacerle una sola manéra de pensar. Tratando de buscar una fórmula general para expresar estas ideas, habia dicho varias veces Goethe que aspiraba á ser el poeta *die Welthlitteratur*, el poeta de la literatura universal, sentido que habia confirmado más y más, librándose por completo de todo provincialismo con el progreso creciente de su cultura, y sobre todo, con su viaje á Italia.

A conseguir el fin indicado, á aunar tendencias diversas para constituir la literatura nacional, á unificar el espíritu y la cultura de los germanos, condicion indispensable para formar despues la patria comun, tienden Goethe y Schiller una vez unidos en consorcio íntimo. Cambiando entre sí, segun dice Saint-Beuve (1), su sentido práctico y su entusiasmo, Goethe y Schiller, rivales en algun tiempo, se completan al unirse despues, y se ayudan y animan en esta empresa comun. Abandonan voluntariamente, y por convenio tácito, todo asunto que les distraiga de este fin, y forman una sociedad Goethe y Schiller que no tiene más objetivo que el arte y la perfeccion propia. «Desde el primer momento de estas relaciones, dice Goethe en sus *Anales*, seguimos juntos y sin detenernos el camino de nuestra perfeccion, consagrados incessantemente á la actividad estética. Tal union era para mí una nueva primavera, en la cual se desenvolvian los más distintos gérmenes, los unos al lado de los otros.»

Comienzan á cumplir esta obra con la publicacion dirigida por Schiller de las *Horas*, en la cual colaboraban muchos ingénios, y siguen despues, al arreciar el combate, luchando por su ideal de independencia del arte, los dos con sus célebres epigramas conocidos con el nombre de *die Xenien* (2). Asi

(1) SAINT-BEUVE, *Nouveaux Lundis*, t. III.

(2) *Xenien*, regalos, presentes, que hacian el primer día del año los griegos á sus huéspedes para renovar la amistad y el derecho de hospitalidad. El nombre fué aplicado por Goethe.

se comunican ambos en esta empresa árdua, pero para la cual les sobaban condiciones en sus propias facultades, animándose mutuamente y auxiliándose entre sí, haciéndose partícipes solidarios del éxito de sus trabajos hasta el extremo de ser designados por G. H. Lesves, el célebre crítico de la vida y obras de Goethe, los *Dioscuros* (1).

Era sin duda ninguna un eficaz auxiliar para Goethe la actividad de Schiller, cuya entusiasta cooperación suplía multitud de accidentes, que no le hubieren sido fácil á aquel haber separado prontamente de su camino como obstáculos, que, aunque paqueños, se oponían al éxito completo de sus deseos. Pero no podremos formar exacta idea de la obra llevada á cabo por estos dos géneos, sin tener presentes sus facultades relativamente encontradas, y la série de circunstancias, á través de las cuales estas dos almas, tan opuestas, en ocasiones tan antipáticas y repulsivas entre sí, llegaron á ser los dos campeones del sincretismo artístico, que ya habia soñado alguna vez Goethe.

U. GONZALEZ SERRANO.

(Se continuará.)

(1) *Dioscuros*, nombres con que designaban los griegos á Castor y Pollux, hijos de Júpiter y de Leda.

CONSIDERACIONES SOBRE LA INDUSTRIA OLIVARERA

(Conclusion)

El vegetal se alimenta por sus extremidades; esto es, por las hojas y por las raíces. Entre las varias funciones de las hojas, la llamada respiratoria, es un modo de alimentacion de las plantas, puesto que al absorber dichos órganos el ácido carbónico del aire y devolver por este medio igual volumen de oxígeno, más que respirar, lo que hace la planta es fijar en su organismo con la ayuda de la luz y de la clorofila el carbono del ácido y alimentarse con él. Las extremidades ó espongiolos de las raíces absorben, poniendo en juego las fuerzas fisiológicas, los principios asimilables contenidos en la tierra.

Una vez éstos al interior forman parte de la sávia. la cual, del mismo modo que la sangre de los animales, recorre todo el organismo vegetal. Sube por la albura del cuerpo leñoso de la planta á las hojas; por la funcion evaporatoria de estos órganos se elimina una buena parte de su agua, se concentra y verifican las reacciones químicas que la tornan en cambium, ó sea la materia propia á la nutricion; y por último, desde las hojas desciende el cambium por el liber á los distintos órganos del vegetal. En su descenso cada parte de la planta se apodera de los materiales adecuados á su alimentacion y desarrollo.

A consecuencia de los frios del invierno se detiene el movimiento circulatorio de la sávia, se paraliza la asimilacion y se suspende, en cierta manera, la vida de los árboles, hasta que por la primavera sube la temperatura y recobran su actividad las funciones vegetativas. Al reanimarse éstas, el cambium sobrante, que no pudo ser consumido en la elaboracion de los tegidos, sirve para que se formen nuevos tallos y para que parte de éstos se trasformen en flores en las plantas que como el olivo meten y florecen en primavera. De aquí la necesidad que tienen dichos árboles de poseer, al reanimar-

se sus funciones vitales, una buena reserva de cambium rico en materia fosforada, para meter con abundancia, arrojar flores numerosas y sazonar buena cosecha, lo cual supone que las tierras en que aquellos radican llenan las condiciones de fertilidad.

Debo añadir ahora que las raíces y ramas de los árboles ofrecen entre sí cierta simetría, siguiendo unas con otras direcciones paralelas, que por la supresion de una rama ó una raíz se ocasiona el sufrimiento y en ocasiones la muerte de la raíz ó rama que le corresponde en paralelismo; y por último, que la actividad evaporatoria de las hojas es tanto menor cuanto mayor es la fertilidad del suelo.

Los principios científicos anteriores pueden servir de guía en la crítica del cultivo olivarero, y es de lamentar que éste no se ajuste á ellos en Andalucía. En dicha crítica me reduciré á señalaros aquello que más principalmente se opone á la produccion de aceituna, dejando á otros de mayor ilustracion y competencia en la materia, el cuidado de ir marcando todos los defectos de que adolece nuestra práctica cultural.

Desde luego puedo decir que se desperdicia para la produccion de aceituna una buena parte de la tierra en que se cosecha, en razon á la costumbre de plantar los olivos á diez ó doce metros de distancia.

En una tierra feraz y permeable, en la que abundan los principios fertilizantes, la proyeccion horizontal de los círculos que forman las copas de los árboles coincide con los círculos formados por las extremidades de las raíces, es decir, que igualmente se desarrollan unas y otras. En los suelos esquilmados, la necesidad de alimentacion es causa de que la mayor parte del trabajo fisiológico se consuma en las raíces, por lo que éstas adquieren más desarrollo proporcional y su longitud excede á la de las ramas.

Si una tierra contuviese en cantidad, proporcion y forma apropiada los cuerpos fertilizantes, se podrian plantar teóricamente en ella los árboles á una distancia marcada por el radio del círculo máximo que alcanzasen sus copas, sin que por ello sufriesen ningun perjuicio; y la distancia de colocacion deberá ir creciendo á medida que más esquilmado sea el terreno. Bien comprendereis que de abonarse los olivares se podrian colocar en cada hectárea de ciento veinte á ciento cuarenta olivos, en lugar de los ochenta que por término medio se plantan hoy. Las excelentes prácticas de los moros, que daban solo ocho varas á sus plantaciones, abona dicha conclusion.

Si con las distancias á que se plantan los olivos queda impro-

ductiva una parte del terreno, con la añeja y general costumbre de la tala, se daña su salud y se imposibilita que lleven la cosecha de que son susceptibles; aún cuando confieso que dentro de nuestra viciosa práctica cultural, la operacion de la tala es absolutamente necesaria para la abundancia relativa del fruto. Voy á demostrarlo.

La historia agrícola de esta zona, justifica que, abandonado en el trascurso de los siglos el uso de abonos adecuados, porque no forma regla la excepcion, está esquilnado el suelo, y los olivos que en él viven, escasamente encuentran en años normales la cantidad de principios asimilables que necesitan para poder llenar cumplidamente las diversas funciones de su vegetacion. La cantidad de cambium elaborado, tiene que ser pequeña y seguramente pobre en cuerpos fosforados, por lo que casi totalmente se consume en el sostenimiento del tejido herbáceo, y el poco que queda de reserva no es bastante á poder trasformar en la primavera los tallos en flores. Ahora bien: si á un olivo colocado en tal situación se le suprime parte de su ramaje, el restante dispondrá de más sávia elaborada de la que en otro caso le hubiese correspondido, y podrá llevar en consecuencia mayor cantidad de fruto. Esta es la explicacion de los buenos efectos de la tala.

Mas no olvideis que esta ventaja es más aparente que real. La supresion en el olivo de una rama, igualmente que la amputacion de un miembro en un animal, ocasiona una perturbacion en el equilibrio de sus funciones orgánicas, enferman y mueren muchas veces sus raices correspondientes, sufre su salud general y es ordinariamente causa de las cáries y de la vejez prematura. Añadid á estos males, que por algunos años se reducen á dos terceras partes ó á la mitad, las ramas proporcionadas para dar fruto.

Si por el abono inteligente del suelo, el olivo dispusiera siempre en cantidad, proporcion y forma de los principios asimilables que necesita, alcanzaria el máximum de desarrollo permitido por nuestro clima; dispondria por la primavera de cambium suficiente para cubrirse de flores fecundas, y sin más tala que la absolutamente precisa á guiar su forma y á descargarle de lo seco, se le veria producir abundante fruto ánuo.

Al perjuicio ocasionado por la tala se une el que se causa con la manera como en muchas localidades se coge la aceituna, pues del apaleo y del poco esmero del ordeño, resulta que se lastiman y se destruyen las ramillas terciarias, que como todos sabeis, son las encargadas de llevar el fruto en la siguiente recoleccion. En

esto estriba, á no dudar, que las cosechas sean ordinariamente de año y vez.

Algunos cosecheros buscan en la siembra de sus olivares una compensacion á las malas cosechas de aceituna, é involucran de este modo dos cultivos, con perjuicio de uno y otro. Por un lado se figuran que la yerba espontánea perjudica al olivar, y por otro estiman que ciertas clases de sembrados no les hace daño; notoria contradiccion que pone en relieve lo poco que aquí se calcula, y lo mal que se discierne en materias agrícolas. De ordinario se dice, áun por personas ilustradas, que las gramíneas cereales dañan el olivar porque se alimentan exclusivamente de la tierra, y no las leguminosas, que toman una buena parte de su azoe de la atmósfera, segun opinion de algunos. Si bien puede admitirse diferencia en el modo de alimentarse, no basta para justificar la siembra de los olivares; porque más ó ménos, todas las plantas esquilman el suelo en que radican; y áun cuando las habas, por ejemplo, tomen los principios asimilables á mayor profundidad que los toma el trigo, no es esto razon para que la tierra deje de empobrecerse. La antedicha diferencia de profundidad á que se alimentan los cereales y las leguminosas, motiva su rotacion en un cultivo alterno; pero no es aplicable de ninguna manera al arbolado, que necesita de todos los medios de nutricion existentes en la tierra. Solo un suelo naturalmente rico, ó muy profusamente abonado, podria permitir la simultaneidad de la vegetacion arbórea con la ánuua, y no se hallan por cierto en este caso los terrenos andaluces, casi todos esquilados por una produccion de muchos años, sin compensaciones proporcionadas á lo que necesariamente deben haber perdido á fuerza de rendir cosechas tras cosechas.

La piedra angular para que estas últimas sean abundantes es el abono; y como quiera que sobre esta palabra se origina lamentable confusion entre los agricultores, los agrónomos y los químicos, voy á permitirme explicarla.

Para el agricultor es abono cualquier cuerpo que, añadido á la tierra, aumenta su fertilidad natural; para la mayoría de nuestros agrónomos es toda materia orgánica en descomposicion, y para los químicos agrícolas, son las sustancias que agregadas á la tierra aumentan la cantidad y mejoran al mismo tiempo las proporciones de sus principios fertilizantes. Bajo el punto de vista científico y económico, el abono de una planta viene á ser la materia que falta en el suelo donde vegeta para que en cada instante de su vida pueda disponer de la cantidad de alimentos propios á sus varias funciones orgánicas, debiendo ser considerado en este con-

cepto como un complemento de los principios organizables de la tierra.

Si á las tierras plantadas de olivar solo se le extrajese aceite, no se hallarian ahora esquilmas ni tendríamos necesidad de abonos; porque en dicho caldo entran como componentes el carbono, el hidrógeno y el oxígeno, cuerpos que la naturaleza se encarga de proveer á las plantas, sin que en su ayuda tenga que acudir el hombre; pero como anualmente se elimina el ramon y la madera de la limpia y de la tala, el orujo y el alpechin de la aceituna, se va sacando de la tierra una parte de su fertilidad y al cabo de cincuenta ó sesenta años de produccion es más que consiguiente que se empobrezca su suelo y que se aminoren las cosechas. Se ha cultivado desconociendo por completo las leyes naturales de la produccion agrícola, y á las tierras esquilmas, por nuestra ignorancia, les pedimos hoy en vano cosechas remuneradoras.

Vuelvo á repetiros que debe comenzarse abonando profusamente los olivares, si ha de recobrar la tierra su fertilidad perdida; y para que resulte económica y eficaz esta operacion hay que hacerla con el criterio de la química agrícola, esto es, agregando solamente al suelo las materias fertilizantes que le faltan.

Quisiera poder aconsejaros el empleo de algun abono general; mas la ciencia no reconoce específicos universales para las dolencias de la tierra y necesita del exámen prévio si ha de determinar exactamente en cada terreno la naturaleza y la cantidad de las materias que se le deben añadir para obtener el resultado apetecido. Casos hay en que la composicion del subsuelo complementa de tal modo la del suelo, que con una labor profunda de arado de vertedera se logra una tierra fértil, mientras que en otras resulta pernicioso la mezcla. En ocasiones la adicion de la cal, de la marga, etc., trasforma del estado mediato al inmediato la cantidad de alimentos necesarios á las plantas, y en suelos ricos en principios mediatos se consiguen ventajas duraderas; mas en las tierras pobres son pasajeros los resultados. En unas se obtiene su fertilidad con la potasa, en otras con los fosfatos y en muchas con la mezcla de dos ó varios principios fertilizantes. Y lo que prueba bien en unas, suele á veces dar en otras malos resultados. El acierto solo se consigue del prévio exámen de la tierra, hecho con criterio científico y con conocimientos prácticos.

Pero si nada concreto puede decirse sobre este particular, en cambio es seguro, en razon á que el aceite no esquilma nada, que si á los olivares se devolviesen el orujo y el alpechin de su aceituna y no se le extrajese ramaje, con solo el empleo de la cal, del yeso, de

la potasa y de los fosfatos en las plantaciones que no están en formación, para las que se necesita además materia azoada, se lograría la fertilidad apetecida en pocos años, y despues casi no habria necesidad de abonos para obtener buenas cosechas.

Afortunadamente abundan en Sierra Morena el feldespato á base de potasa; las rocas constituidas por restos marinos más ó ménos ricas en fosfatos y de cierta ley en azoe, entran en su formación; y en sus vertientes se han señalado algunos criaderos de fosforita. Las calisas se encuentran en todo el territorio andaluz, y el yeso se halla en algunos puntos de la provincia y de las inmediatas, todo lo cual resuelve el aspecto económico del empleo de los abonos de tan difícil resolución en otras regiones agrícolas.

Si del cultivo rutinario de los olivares se pasase al racional, en poco tiempo se triplicarían las cosechas, resolviéndose en consecuencia la crisis olivarera. En efecto, señores, mejorando como es fácil con la arena, la arcilla y la cal, los defectos físicos y mecánicos de las tierras, y adicionando á estas los materiales fertilizantes que le falten, se podría conseguir que todas fuesen férceres, y también los olivos que sustentaran, que no lo impidiera la vejez, se harían de primera y producirían como tales. Siendo entonces inútil la tala, á consecuencia de la fertilidad del suelo, cada olivo podría producir doble fruto del que rinde con dicha operacion; y cogiéndose con esmero la aceituna, de forma que no se destrozasen las ramillas terciarias, se asegurarían cosechas anuales. Y no se diga que á pesar de llenarse las anteriores condiciones quedaria pendiente el éxito del fruto de las lluvias en los años secos, pues es sabido que el arbolado que vegeta en tierras férciles evapora ménos agua que el que vive en las esquilmas, y que por consiguiente no necesita de tantas lluvias para colocar y sazonar la cosecha.

No seguiré insistiendo en las consideraciones agrícolas, porque solo me propongo llamar vuestra atención hácia los puntos más principales que debéis discutir, y luego, por lo tanto, al segundo aspecto de la cuestion, ó sea al industrial. Debo con este motivo procurar desvanecer la creencia generalizada de que nuestros aceites pueden competir victoriosamente con los mejores de Italia y Francia, siempre que se les sujete á la clarificación; y se exagera este error hasta el extremo de asegurarse que en Marsella se venden por superfinos de Italia aceites de Andalucía clarificados ó refinados como allí saben hacerlo.

Os confieso que no hay tal cosa. Los efectos de la refinación tienen sus naturales límites; y hay faltas originarias del aceite, superiores á las rectificaciones del laboratorio. Por otra parte, el refino

no produce aumento de precio bastante para compensar grandes gastos; y por esto los métodos conocidos de refinacion se fundan en operaciones sencillas y poco costosas. Este es el motivo de haberse intentado repetidas veces en esta localidad la clarificacion y refinó del aceite, y siempre en vano; porque los métodos realizables y económicos son insuficientes en sus efectos, y de emplear otros no se obtendrian ventajas.

No es, por tanto, ni puede ser cierto, que en Marsella se refinan aceites andaluces, y sí solos los de Cataluña y Valencia que, por su mejor calidad, permiten este procedimiento.

Desengañense de una vez nuestros cosecheros. No les conviene pensar en la clarificacion para corregir los defectos de sus aceites; sino abstenerse de cometer las faltas que los ocasionan para que la clarificacion no sea necesaria y pueda producir, en su caso, un efecto imposible en el dia. Para obtener buen aceite deben desprenderse de perjudiciales rutinas y entrar de lleno en el camino de las reformas.

A este propósito, procuren cambiar los «vidueños» ordinarios por los finos; cojan la aceituna cuando esté madura y no aguarden á que se pase; separen cuidadosamente el fruto sano del podrido y límpjenlo bien de hojas y de tierra; maquilen lo más pronto que les sea posible y no entrojen por mucho tiempo; ejecuten la primera presion á frio con una pasta grosera en la que no vaya partida la almendra ó hueso, y separen el aceite que dé del que resulte de inferior calidad en las otras presiones; tengan en sus molinos un par de prensas con el fin de que en una se haga la primera presion y en la otra las restantes; unan á cada uno de los antedichos artefactos dos bombas y sostengan siempre la limpieza en estos y én aquellos; separen al momento que se aclare el aceite de sus heces, favorezcan la aclaracion con una temperatura moderada y trasieguen á las cuarenta y ocho horas de reposo; decanten á los ocho ó diez dias el aceite claro de los turbios, filtrenlo por algodón y repitan idéntica manipulacion con los claros que vaya dando el reposo de los últimos; separen unas de otras las clases que resulten, y esten ciertos los cosecheros que se ajusten á estas juiciosas reglas, extractadas en su mayor parte del informe que sobre la fabricacion de aceite dió al Instituto Agrícola Catalan de San Isidro mi distinguido profesor de química D. Ramon de Manjarrés, que les será fácil presentar al mercado aceite tan bueno como el mejor de Italia.

Doy por terminadas las generalidades que llevo expuestas en este desaliñado y pobre discurso, pues considero cumplidos los objetos que me propuse.

Queria llevar á vuestro ánimo el convencimiento de que no es imposible, como se cree, que los olivares produzcan mayores cosechas. Tambien deseaba probaros, que no es difícil, si se adoptan buenos medios culturales y de extraccion, obtener bastante cantidad de aceite para ofrecer los inferiores á treinta reales arroba y á mayor precio los de clase superior, con ventaja para los cosecheros; y por último, que todo esto es fácil si se mejora el cultivo rutinario proscrito por la ciencia.

Mas antes de sentarme y dar lugar á que usen de la palabra los señores que se propongan terciar en el debate, me permitiré decir que los pueblos que cierran los ojos á los adelantos y al progreso, permaneciendo refractarios á las reformas, son siempre víctimas de su ignorancia y de su inercia; y que de la misma manera que el bienestar de todos se deriva de los progresos materiales, el sufrimiento y malestar general es lógica y legítima consecuencia de la ignorancia y de la rutina. Penetrada de esta gran verdad, é inspirándose en su mision patriótica la Sociedad Económica os ha reunido en este Congreso, para que busqueis remedio á los males que aquejan á uno de los más importantes factores de la riqueza provincial. A vosotros toca demostrar á España y á las naciones civilizadas con vuestra iniciativa, que la provincia de Sevilla no se ha divorciado del progreso moderno.

RAFAEL CARO MELENDEZ.

A UN ABANICO

Esclavo de los antojos
de una beldad indecisa
tú que velas la sonrisa
gala de sus labios rojos.

Y con sus múltiples giros
mezclas en sin par contento
el perfume de su aliento,
y sus ardientes suspiros;

Díla el plácido embeleso
con que, sin causarle agravios,
donde descansan sus labios
imprimió el amor un beso.

Y que tal fué la ilusion
allí, del alma encendida,
que si no perdió la vida,
dejó, en cambio, el corazon.

JOSÉ DE GUZMAN EL BUENO Y PADILLA.

MARTIN DUÉLAMO

TRADICION.

—Decían nuestros padres que en este pozo de Martin Duélamo, en otros tiempos habia habido un duende, que por defender un tesoro habia destruido con muchos rayos de fuego el castillo de Bellvente.

—Unos mozos han venido en otros tiempos á descubrirlo, buscando un ladrillo que daba las señales donde estaba oculto el tesoro.

—Mi abuelo nos contaba que habia visto este ladrillo.

(Dichos populares.)

I.

A fines del siglo XIII y principios del XIV, y en la populosa, noble y rica entonces villa de Montilla, se acababa de fabricar una soberbia casa para los tiempos de entonces, en su calle antigua, una de las subidas del Castillo para sus pobladores, con dos torres de defensa, á semejanza de obras construidas, y por cuya causa se le empezó á denominar calle de las Torres, viniendo hoy á conservar la idea de este nombre en el actual que lleva de Torrecilla.

No es de nuestra incumbencia y asunto de hoy el tratar de la gloria que cabe á esta ciudad, y principalmente á esta calle referida, por conservarse aún en ella, y en la casa núm. 1, la fachada de la en que naciera el Gran Capitan D. Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Pasemos, pues, á nuestro asunto.

En la mediacion de dicha calle de las Torres, ó Torrecilla, se encontraba la casa que nos ocupa, y en la esquina precisamente izquierda de la calle entonces de las Orejas, hoy de San Juan de Dios, la cual habia sido morada de un muy rico caballero D. Mendo Yañez Dovinal, bastardo, segun se decia, de una morisca y de D. Lope Gutierrez de Córdoba, á quien el rey D. Enrique II hizo merced del castillo y villa de Montilla en el año de 1340, ingerto violento y sin razon hecho por el favoritismo en su servidor Lope Gutierrez en los derechos de las casas de Aguilar y Córdoba, á quienes siempre perteneció.

Una hija única que el D. Mendo dejó, era la sola moradora de esta casa, donde pululaban criados y criadas sin número y con fausto extraordinario, aun más del que se podía sostener.

Mientras vivió D. Mendo, orgulloso y tiránico, esta casa inspiraba á todos los vecinos terror y miedo; mas despues de su muerte, representada solo por una mujer, se habia convertido este terror en desprecio y lástima, pues aunque á la dueña de esta morada, hija de D. Mendo, se le suponian las mismas condiciones que á su padre, no podia de ninguna manera ejercer la presion de éste en el pueblo, ni mucho ménos para ello, por su sexo, desempeñar ningun cargo público.

No era esto solo, pues esta señora, además de sus condiciones morales, murmuradas por el público, se le añadia tambien la de relajacion de costumbres.

II.

Era el 1.º de Noviembre del año de 1409. En un salon de la casa que ya hemos indicado, lujosamente puesto, y tapizadas las paredes de cuero de Córdoba, se encuentra doña Ana Yañez Dovinal, soltera y huérfana, hija de D. Mendo y de doña Clara Aldama, segun rezaban los papeles de su ejecutoria.

Huérfana de madre desde muy niña, pues nunca la conoció, entregada á doncellas y dueñas servidoras, y en el abandono más completo de su padre, que empleaba su tiempo en correrías contra moros y en cacerías fastuosas; de orgullo y soberbia infatuada, tenia en su vida ya, aunque corta, negras amarguras y desengaños, producidas por su violento carácter y sus pasiones, desgraciadamente desbordadas é infortunadas.

Desde niña habia estado acompañada de su dueña Aldonza Romero, y en esta aún conservaba toda su confianza.

Hacia ya dias que doña Ana estaba triste y retraida en sus solitarios salones, y su amargura, no solamente rebosaba por toda su casa sufriendola sus criados, sino que empezaba á demacrar su poderosa hermosura, circulando ligera sombra azul en sus ojos.

Era una mujer perfectamente admirable, y modelado su cuerpo con la más esquisita perfeccion. Blanca y pálida, ojos y cabello negros y sedosos, y labios gruesos y rosados, encerrando menuda fila de dientes; y á esto unido, una expresion grave y reposada, pero tormentosa á veces en su exaltacion, la hacian en todo ser el tipo de la más perfecta belleza.

No tenia otra edad que la de veintiseis años, y desde los veinte, en el año de 1403, habia perdido á su padre.

Ya hacia más de una hora que se encontraba doña Ana sentada en un sillón de baqueta con clavos mil de metal dorado adornado y sin variar de postura, apoyadas sus mejillas ya en la una, ya en la otra mano.

La melancolía de doña Ana, cada vez más intensa, tuvo un momento de suspension, y pareció de repente fijar su pensamiento.

Aldonza habia entrado en la habitacion prudentemente y queriendo retirarse en seguida al ver á doña Ana sumida en triste ensimismamiento; más advirtiéndolo ésta la llama y la dice:

—Aldonza, siéntate á mi lado y escucha.

Y esperó unos momentos hasta que ésta hubo cumplido su mandato. Despues continuó:

—Préstame toda tu atencion, y despues de oirme me contestarás á todo, pero no como hasta aquí, sino dura y terriblemente. Ya es preciso hablar claro y de una vez; de la conversacion que tenemos dependerá el porvenir de las dos, y te lo advierto, el tuyo será de muerte; el mio no se sabe.

—Señora, repuso Aldonza verdaderamente asombrada, no sé qué decirs, tiemblo por vos.

—No: respecto á eso tranquilízate, y empieza solamente á temblar por tí. Oye.

Doña Ana colocó su sitial más por frente del de Aldonza, y mirándola friamente dijo:

—Estás en casa y á mi lado desde que yo tenia dos años, es decir, veinticuatro. Hoy es tu edad la de cuarenta y nueve, por tanto entrastes en mi casa de veinticinco años con el carácter de mi doncella. No hablemos del verdadero que tenias ni tampoco el de que eras casada é ignorabas el paradero de tu marido, probablemente porque huirias de su lado.

—Pero, señora, interrumpió Aldonza sin poderse contener.

—Calla y oye, replicó instantáneamente doña Ana; es preciso reconocer toda nuestra vida para tomar de una vez distinto derrotero.

Aldonza bajó la cabeza con señales de abatimiento. Doña Ana, grave desde el principio, continuó:

—Tu amistad y tus consejos para mi padre creo que le produjeron horribles desgracias, y causadora tú tambien de ellas, ante ellas sucumbió en fines de 1403, hace seis años.

—Señora, dispensadme, volvió á interrumpirle nuevamente Aldonza, jamás tuve parte en sus desventuras; por el contrario, traté de evitarlas.

La dueña pareció vacilar en el uso de la palabra, y su señora,

con el asomo en sus labios de una amarga sonrisa y con acento duro, le dijo.

—Sigue, Aldonza, sigue, que es bueno refrescar la memoria.

—Vos lo sabeis tambien como yo, repuso la dueña. Las desgracias de D. Mendo, vuestro padre, respondian sobre todo á las desgracias ocasionadas á D. Anton Lopez del Recio. Rivales ambos, ambos poderosos en el predominio de la villa, ejercido éste siempre por el D. Anton, vuestro padre luchó con él constantemente hasta derribarle y hundirle; y de tal manera fué, que en querella y pleito que sostuvieron basado en la propiedad y posesion del ruinoso castillo de Bellvente, el D. Anton perdió toda su fortuna y perdió á su hijo, que se lo arrebataron, y por último, perdió la vida ante este, el más grande de sus dolores. Todo esto en 1403, y desde entonces se notó en vuestro padre tristeza, melancolía, irascibilidad terrible, y sobre todo, alejamiento del mundo y miedo.

—Ese alejamiento y ese miedo es el que aún no me has explicado bien, y ahora precisamente quiero que lo hagas.

—Os lo diré todo, sin embargo que yo nunca creí fuesen otra cosa que visiones. Se me quejaba de ver un fantasma, y siempre de noche, que se le presentaba de vez en cuando en su cámara y del cual huia horrorizado. Este fantasma era el de mi esposo, que murió como sabeis, y cuya muerte tampoco él ignoraba, porque ambos entramos en el depósito de *La Caridad* á dar una limosna, y nos encontramos con su cadáver allí expuesto. Hé aquí todo.

—Sí, Aldonza; y tambien sé que mi padre murió asesinado en su mismo lecho al lado del mio, y encerrados ambos de manera tal que á nadie era posible penetrar en nuestra cámara. ¡Horrible misterio que me atormenta y que jamás he podido comprender, porque hemos examinado despues mil veces, y nos hemos convencido, que ni puerta ni resquicio habia penetrable para nadie de este mundo! ¡Qué vida, Dios mio!

Doña Ana cesó de hablar horrorizada por tales recuerdos, y bajó sombriamente la cabeza. Unos instantes despues, haciendo un penoso esfuerzo, levantóla y prosiguió:

—Fué preciso, segun acordamos suponer, su muerte natural, y así se hizo; pues tú me hiciste ver que pudiera resultarme compromiso criminal y de honra.

—Y era la verdad, doña Ana; y aconsejé, como siempre, en interés vuestro.

—Con relacion al interés, sigamos ya por otro camino. ¿Tuviste en cuenta mi propio interés al hacerme conocer á tu sobrino para que fuese burlada en sus amores?

—No podeis dudarle, vos lo habeis dicho muchas veces en los veinticuatro años que os sirvo.

Doña Ana, manteniéndose en una reserva profunda, replicó con la misma gravedad de siempre:

—Bien, Aldonza, no tengo desconfianza, y ahora te pido un favor, y es contestarme á una pregunta con toda claridad.

—Siempre lo he hecho, aun causándoos desgrado.

—¿Qué reputacion tengo en la villa?

Ante esta pregunta inesperada Aldonza se sorprendió y pareció vacilar en la respuesta.

—Te abriré más ancho camino para oír lo que deseo. Mi primer amor, tu sobrino, me impresionó vivamente y fué débil; era un infame. Despues un nuevo amor, y despues otro, verdaderamente puros, lo sustituyeron sin poder conseguir ni del segundo ni del tercero ningun honrado fin, porque tu sobrino en venganza de mi abandono hacia públicos los favores de mí obtenidos. ¿Podrás contestarme ahora?

—Mi señora, repuso Aldonza, ignoro la opinion de la villa sobre vos; pero debo suponer con justicia que no debe ser favorable.

—Así me gusta; quiero la verdad que me hiera y no la mentira que me engañe. Ahora bien; ¿crees que siendo tan rica, y tan noble, y tan bella, pueda encontrar un hombre honrado y noble para esposo?

—Eso es lo que no puedo aseguraros, si aquí os quedáseis; en otra parte sin duda alguna.

—Estoy en un todo conforme con tu parecer.

—En Egabeo (1), en Monturque, en Montalban, teneis estados.

—No, Aldonza, más lejos; mucho más lejos. La vida en esta villa me es insoportable. Si conociera al asesino de mi padre y lo vengara, pudiera estar más tranquila con mi alma; mi cuerpo, desgraciadamente, pereció.

Y enjugando una lágrima abrasadora que á su pesar brotó de sus ojos, continuó:

—Haz que preparen mulas de viaje y nos iremos al punto al castillo de Bellvente; allí pasaremos unos dias y determinaremos despues para fijar nuestra morada.

—¿Hoy, dia de difuntos? respondió Aldonza sobrecogida.

—Hoy, en este instante, en este momento. Lejos, lejos de nuestra amargura.

Aldonza no se movia y temblaba.

—Sal; da las órdenes inmediatamente.

(1) Cabra.

III.

Desde Montilla, y por el camino antiguo de Monturque, que conduce tambien á Cabra y á Lucena saliendo por la puerta de la Cruz de Arbon, hoy de San Blas, y pasando unos doscientos metros de bajada, siempre en terreno ascendente despues, escalonado de colinas, divididas por valles, y entre las que figuran en primer término la redonda piedra de Guta, posteriormente Las Peñuelas, por diversas agrupaciones de cantería y, por último, la llamada Luenga, semejante á una pirámide y socabada en su interior, situadas todas á la izquierda, se tropieza, á una hora escasa de distancia de la villa, á la misma orilla del sendero y á su derecha, un pozo informe de agua somera, elevado en el pasado año y mes de Setiembre de 1874 á la categoría de fuente. Pasado este pozo, situado en un negajo ó cañada que por su parte derecha se levanta en eminencia, coronada por el castillo de Bellvente, sigue despues el camino con el mismo escalonamiento ascendente hasta la llamada Sierra de Montilla, y despues á la de Cabra y Lucena, concluyendo, por último, con Sierra-Nevada, que domina y protege á Granada con gigantesca cimera de espejos y luces plateadas, reflejos de las nieves eternas de su cúspide.

Allí, á la orilla del pozo que hemos dicho y en su inmediata eminencia, se levanta un castillo, centinela y torre de construccion romana y árabe, aunque ya amenazando ruina en todas sus partes, llamado en su tiempo el castillo de Bellvente, pues hoy no existen sino ligerísimos vestigios.

La corriente de aguas sobrantes del dicho pozo, denominado como el castillo en los tiempos de nuestra historia, forma un arroyuelo que llevaba este mismo nombre y el cual lo ha perdido confundiéndo la tradicion con el nombre de Benavente, arroyo tambien á él próximo siguiendo dicho camino, por el que es cortado.

Del castillo y del pozo principalmente vamos á referir la tradicion.

Todo este paisaje agreste y sombrío, pero de cielo azul y espléndido, con su verdura negra de encinares y matas espesas y entrelazadas, tapizando el terreno por todas partes, no es asequible á ningun sér humano, exceptuando solamente la angosta senda que forma el camino, y la cual muchas veces es cubierta por los matorrales de uno y otro lado, que se juntan formando espeso toldo verde. Por esta causa abunda sobremanera la cacería mayor, que era el principal recreamiento de la nobleza de aquellos tiempos.

Puros los aires y saludables con las mil emanaciones de la flora natural de aquellos terrenos, y con las matas y yerbas olorosas, y los bosquecillos de madroñales y lentiscos y madre selvas, hacen todo este espacio campestre grave á la par que poético, adusto al mismo tiempo que encantador.

Colocado el castillo de Bellvente en su plana eminencia, teniendo á su falda el pozo ya indicado de cristalinas aguas, y su corriente rodeando la meseta en que se encuentra, nos presenta una magnífica vista con su torre de defensa dominando todo aquel territorio, semejando á un colosal gigante con su maza, ó á un Hércules inmenso armado de su portentosa clava.

En este castillo, pues, propiedad últimamente de D. Anton Lopez del Recio, y posteriormente de D. Mendo Yañez Dovinal, es á donde ha pensado dirigirse su hija doña Ana con su dueña Altonza.

Eran las cinco de la tarde del día en que empezamos nuestra relacion, y en este camino ya descrito, y en direccion hácia la antigua villa de Montilla, caminan dos peregrinos, ambos jóvenes, en traje de villanos, y de figuras varoniles y graves de poderosos recortes. Bien mirado, el uno revela alta gerarquía y nobleza: color trigueño y pálido, y cabellera negra y profusa, y barba naciente. El otro no es posible detallar exactamente su figura, pues su color bronceado, sin ser negro ni blanco, no revela con claridad ni raza ni origen, pero puede calcular el más ignorante es procedente de las castas orientales. Su figura, en general, con todo, es de la más perfecta modelacion: pelo negro, naciente bigote, cual seda, y el resto del rostro lampiño.

Ambos peregrinos no pasan de la edad de veintidos años, y el primero marcha delante grave y meditabundo, siguiéndole un poco detrás el segundo, que no pasa un momento sin que en él no fije su mirada con profunda tristeza y en el anhelo de recibir órdenes.

El de aspecto de caballero dió un suspiro, como para recobrar aliento, y se detuvo; el de criado, instantáneamente tendió en el suelo una manta que llevaba al hombro y le invitó á sentarse.

—Descansad, amo mio, le indicó con la palabra.

—No estoy cansado, es que vacilo, repuso el jóven sentándose.

El criado en seguida, tomando una resolucion, dijo:

—Mi vida es de mi amo, y yo debiera saber sus penas para consolarlo, y su mal para remediarlo.

—Sí, lo sé; Dios te lo pague, Pedro.

—Pedro Khoi de Bagdad, repuso con gozo el criado. Pedro Khoi

de Bagdad, que iba á ser muerto por no haberla dado agua á la Jornufa (1), y mi amo salvóme de la muerte.

—Sí, hablemos de entonces ; lo recuerdo siempre con placer, y me encuentro bien recordándolo. Entre los linderos de la Persia y de la Armenia, en la ciudad de Khoi, marchábamos con el embajador del rey nuestro señor Enrique III, D. Ruy Gonzalez de Clavijo, cerca del Gran Tamorlan de Persia, y nos tropezamos con la comitiva del embajador del sultan de Bagdad, y tú eras entre ellos el escudero conductor de uno de los principales regalos, una jirafa, que este embajador á nombre de su sultan debía entregar al Tamorlan. Yo fui el primero que divisé á la comitiva en el momento en que se daba orden para tu muerte. Yo queria morir, y de rodillas me acerqué á tu señor pidiéndole que castigase en mí tu falta. El embajador, sorprendido no solo de la peticion, sino más aún por mi carácter de extranjero, indagaba y averiguaba entre los suyos tan raro proceder para deliberar, cuando se acercó la comitiva de mi amo Clavijo y pusieron en claro, despues de reconocerse mutuamente, mi demanda.

—No seguiré, añadió el caballero, al ver que á Pedro se le asomaban dos lágrimas á sus ojos.

—Sí, amo mio, mi señor, mi vida ; esto es de felicidad y de placer ; pero no lo haré ya.

—Y contrayéndose Pedro violentamente, se secaron por sí solas en sus pupilas las lágrimas que aún no se habian deslizado.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

(Continuará.)

(1) Jirafa.

¡POESIA!

Y hay séres que preguntan: ¿qué es poesía?
¿Frasas amontonadas á compás?
¿Descripciones del iris y los vientos
y las flores y el mar?

¿Cadencioso artificio de palabras
que la razon no llega á comprender?
¿Ritmo vano que halaga los oidos
y ni música es?

Conteste la que ayer cual mariposa
giraba alegremente en el pensil;
si nada turba su apacible calma
¿por qué no es tan feliz?

¿Por qué en su sér descubre nueva esencia
y siente con rubor honda inquietud?
¿Qué busca su mirada en las llanuras
ó en el eter azul.

¿Por qué la agitan vagas sensaciones
hermanando esperanzas y temor?
¿Qué ha visto en horizontes sonrosados
que oprima el corazon?

¿Qué nuevo afan al ensanchar su seno
borra el capricho y la aficion pueril?
¿Por qué al mirarse en el cristal del lago
se la ve sonreir?

¿Y hay séres que preguntan qué es poesía?
Buscadla en ese pecho virginal
donde en su gérmen, sin visible objeto
bullen pasiones ya.

¡Pobre niña! Tormentas rebramando
sobre tu frente pasarán despues,
y un poema será cada suspiro
que exhale la mujer.

Que su nombre conserve inmaculado,
alta enseña que flota en el bastion;
que su virtud perfume sus recuerdos,
entre rüinas flor.

J. TEJON Y RODRIGUEZ.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO

Un nuevo libro ha venido al campo de la publicidad, destinado á producir una verdadera sensacion: *Minuta de un testamento*, publicada y anotada por W... (Madrid, Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería.— Precio, 6 rs. en toda España.) El autor que se oculta bajo esa letra que no pertenece á nuestro alfabeto, es un reputado jurista cuyo nombre aparece en más de dos libros recientemente publicados, persona de competencia en la materia, de vastos estudios, modelo de altos funcionarios tiempos atrás, y de talento y laboriosidad nada comunes, si hemos de dar crédito á palabras pronunciadas misteriosamente á cuatro dedos del pabellon de las orejas y salidas de labios cobijados por cautelosa mano.

La minuta del testamento abraza toda la vida, exponiendo con la sinceridad de la última hora el ideal á que debe sujetarse la de un hombre honrado y racional. En el texto van indicadas las crisis por que atraviesa el individuo en el incesante oleaje de las relaciones, mostrando las luchas, las inconsecuencias, las dudas, las pasiones en medio de las cuales gira todo hombre. En las notas y comentarios van resueltos los problemas que en el texto se plantean, corrigiendo unas veces, explicando otras la torcida conducta. El estilo de aquel es limpio, sencillo, castizo é interesante hasta lo dramático, habiendo pasajes verdaderamente conmovedores que ora llenan el alma de tristeza y de remordimientos, ora levantan en la conciencia del lector nobles propósitos y puras inclinaciones. El estilo de las notas es profundo, filosófico, reflexivo y sirve para templar el efecto que la lectura de la minuta produce. El texto está escrito para el corazon, los comentarios para la cabeza. El libro, en suma, es un verdadero drama en que las notas representan el papel de los personajes destinados por el autor dramático á dulcificar en el público los rudos efectos poéticos de la accion, mientras el texto es la accion misma, real y bellamente desenvuelta. El asunto es la vida, mirada como en ojeada retrospectiva, como en exámen de conciencia, como en confesion general, desde la cuna al sepulcro, bajo el prisma de hijo, de padre, de esposo, de amigo, en el fin religioso, en el político, en el social.

¡Cuánta enseñanza encierra tan modesto libro! ¡Cuántas preocupaciones puede desterrar su lectura!

El colaborador de esta REVISTA, nuestro buen amigo D. Alfonso E. Ollero, se dispone á publicar coleccionadas sus *Fábulas*, alguna de las cuales hemos tenido el gusto de leer, pareciéndonos altamente morales.

Este libro está correctamente versificado, y entendemos que llena el propósito de su autor, que lo ha escrito para enseñanza y recreo de los niños.

DIRECTOR-PROPIETARIO

ANTONIO LUIS CARRION